

327 cuadernos. La imagen final de un escritor: Los diarios de Emilio Renzy por Ricardo Piglia

José Gregorio Vásquez Castro

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
MÉRIDA, VENEZUELA
jovascas@gmail.com

*Dónde estoy yo...
Invisible en el recuerdo
soy el que mira la escena.*
Ricardo Piglia

El documentalista argentino Andrés Di Tella, en el año 2015, realizó un trabajo documental sobre los diarios escritos a lo largo de toda una vida del escritor Ricardo Piglia. 327 cuadernos, hizo posible que el trabajo documental pudiera leer el mapa de esta vida escrita. En los diarios de escritores está para la literatura de este tiempo el testimonio de la vida, muchas veces secreta. El escritor decide despojarse de su intimidad para volverla lejana. Piglia deshoja así los viejos cuadernos imponiéndose una tarea nada fácil: la de volver sobre el recuerdo. Di Tella logra singularmente que esa lectura de la vida se vuelva imagen en el recuerdo del escritor. Su vida se pliega a la palabra y desafía la imagen. La imagen resguarda la magia de un tiempo y al protegerla, deja el más significativo testimonio de un escritor que continua en el instante de unos diarios que ahora pueden ser vistos e imaginados en el sonido y la imagen del documental.

1. Introducción

En los diarios, la imagen final de un escritor vuelve presente el pasado: lo trae de la memoria, lo recupera fragmentariamente, lo arrastra con distintas palabras para vencerlo. Lo olvida sabiéndose en él, reconociéndose en él y con matices desiguales sus páginas buscan nuevamente un brillo y

una opacidad para esas mismas palabras, ahora distintas en la reescritura: son ellas las que convocan lo paradójico de la edición de un diario impreso, pues en un breve recorrido de páginas, la vida toda queda sin tiempo, sin distancia, sin otras marcas más secretas que los silencios que ahora lo habitan.



2. Reconocer lo vivido

En Buenos Aires, en el mes de abril de 2015, el escritor argentino Ricardo Piglia (1940-2017)¹ selló las páginas iniciales de tres diarios que conformarían la publicación final de sus 327 cuadernos, hasta este entonces protegidos. Entraba así de nuevo en la exploración de una serie de cuadernos que a lo largo de la vida había reservado solo para sí. En ellos estaban guardados los fragmentos indescifrables del tiempo más lejano, de la memoria, de la vida, del sueño, del destino que había entrado en sus páginas, de las palabras que ahora resguardaban celosamente el reverso casi secreto de otras palabras: sus recuerdos.

Los cuadernos estaban permeados por lejanas listas ahora más visibles. Fotos, tiquetes de avión, antiguos itinerarios de viajes, fragmentos del recuerdo que las palabras podían contener: todo ello en el vano intento por guardar en la memoria otros instantes que sabía desde ya, no volverían a repetirse. Intentó una y otra vez pasarlos en limpio. La difícil tarea de recuperar la memoria trae consigo la profunda necesidad de estar protegido por la ausencia, de lo contrario, cada rastro, cada gesto en el papel, deja una marca atormentada de pasado, no siempre dichosa.

Distintas páginas guardaron los nombres velados de otros lugares, las letras de algunos tangos inmóviles en la memoria, viejos territorios de la reminiscencia, las ceremonias irrepetibles de algunos programas radiales. También, muchas otras páginas conservaron los títulos de libros y los autores que leía entonces. Los juegos y los gustos secretos advenidos todos con las pequeñas atmósferas que los protegían. Aquellos lugares marcados en imágenes que daban testimonio de otros días y se protegían en estas páginas como si no hubiese pasado por ellos el tiempo y la distancia: la cerrazón y la agonía ahora inevitables.

En ellos, aún más, la vida misma recuperaba otro lugar lejos en la distancia, pues la memoria había olvidado muchos de estos pasajes, muchos de esos instantes, llevándolos secretamente al envés de las páginas de un diario que ahora descifraba nuevamente y en el que podía encontrarse o palidecer lentamente.

¹ La obra de Ricardo Piglia está escrita bajo la sombra de estos diarios. Así nos dejó sus novelas: *Respiración Artificial*, *La ciudad ausente*, *Plata quemada*, *Blanco nocturno*, *El camino de Ida* y *Los casos del comisario Croce*. Los libros de cuentos: *Nombre falso*, *La invasión* y *Prisión perpetua*. También labró un grupo de textos que nos permitieron comprender su pensamiento crítico sobre la literatura: *Formas breves*, *Crítica y ficción*, *El último lector* y *Antología personal*, así como sus libros: *La forma inicial* (conversaciones en Princeton), *Por un relato futuro* (Conversaciones con Juan José Saer), *Las tres vanguardias* (Saer, Puig, Walsh), *Teoría de la prosa*. Los diarios fueron publicados por la Editorial Anagrama, España, en tres volúmenes: 1. *Los años de formación*, 2015. 2. *Los años felices*, 2016. 3. *Un día en la vida*, 2017.

El escritor comienza a deshojar los viejos cuadernos, una tarea que había querido emprender mucho tiempo atrás, y hasta entonces, no había logrado sino pasar por algunas páginas. Cada comienzo en los diarios adviene la afrenta del tiempo. No es fácil volver sobre el recuerdo. No es fácil despertar en otros años y desvanecer en ellos de nuevo, casi silenciosamente.

La vida del escritor está así entre líneas. La lectura de los diarios desdibujan el recuerdo. Volver sobre la escritura es volver sobre un universo que se ha construido con otras palabras, muchas veces lejanas palabras, serenas, silenciadas, maltratadas, inútiles, insuficientes, palabras ya convertidas en pequeños retazos de otras palabras que regresan al papel: señales todas de la nostalgia y la imposibilidad del retorno.

Un hecho curioso, si lo hay, es que habiendo escogido el cuaderno como lugar inicial de escritura, se convirtió para el final de sus años, en el lugar mismo de la espera: la casa que aún seguía sosteniendo bajo asecho a las mismas palabras del inicio: solo ahí se ha preservado intacto, sin vacilación, lo esencial de su tarea escritural.

En los diarios de escritores está para la literatura de este tiempo el testimonio de la vida, muchas veces secreta. El escritor decide despojarse de su intimidad para volverla lejana. Piglia le deja esta tarea a Emilio Renzi. En este caso tan singular están refugiadas las vidas de un escritor y de un personaje. Cada uno toma para sí las líneas que le merecen. En la vida son el mismo. En la literatura son dos mundos que se tropiezan, hablan, pasan de largo. O mejor uno y su revés. Todas las páginas así constituyen los diarios: 327 cuadernos, 327 lugares, casi secretos hasta entonces –lo he señalado– para hospedar las palabras, las marcas del lenguaje, los trazos de un tiempo detenido en la memoria: uno incapaz de transformarse sin el acontecimiento y el poder que señala ese lenguaje. La memoria se vuelve página en el abismo de un número casi infinito de señales. En ellas está impreso el recuerdo de un escritor, una suerte de destino desdibujado en la tinta que ahora lo resguarda. En ellas también está impreso el destino de un personaje ahora propietario de las palabras y por tanto del destino de las palabras de un escritor.

Los 327 cuadernos permitieron al editor de Ricardo Piglia reunir 3 diarios desde ese entonces. En ellos el tiempo transcurrido de sus años finales está revelado. Los diarios siguen siendo el lugar esencial de esos sucesos íntimos, clandestinos, casi velados de los escritores. Todos sabemos que se congregan en las páginas de los diarios de escritores la vida y la muerte, sin adornos, sin artilugios, sin embellecimientos. Asistimos, cuando nos acercamos a un diario de algún escritor a un encuentro con los temas más íntimos

y a la vez más comunes: el amor, la angustia, el dolor, el abatimiento de la muerte, el día y la noche copulando en la palabra, el suicidio, la pena, la alegría, la vida manifiesta en la página blanca que luego se va quedando en la memoria y en el olvido sin la tinta ennegrecida por los años. La página que llega a los otros aviva sus silencios, los acompaña, los acaricia con la misma intensidad con la que fueron dibujadas. Al ser comunes los diarios son inexplicables. Todos los escritores han moldeado un destino en las páginas, a veces uno muy distinto al de la vida común, cotidiana, esa que se va dejando en el arte de la simulación las escenas donde habitan. Los diarios se vuelven entonces ese lugar donde se desborda la vida y se protege en palabras para que sea entonces un mapa de secretos que diga siempre para otros.

Quien escribe se hace partícipe de esa orfandad a la que está destinada la palabra. La escritura pide silencio, muchas veces exilio, pide otro tiempo, otro aire, otra luz, otro replegarse en la intemperie.

El escritor comienza a dejarlo todo, lo poco o lo mucho, en la palabra escrita. Se entrega a ella. Se vacía de sí mismo para decirle a otros con un lenguaje dibujado en el papel: a fin de cuentas, son marcas, señales, pequeñas rutas para esos ajenos a su vida. Establece un puente invisible entre su rincón escondido y el de otros para comunicar más allá del lenguaje. Dice la piel, el aroma, el silencio que persigue en su día y el envés que lo trae hasta la noche. Lo no dicho, lo callado, lo protegido, lo atormentado por la palabra consigue también en el diario su destino, su casa, su lugar, su morada, su secreto.



3. La ficción imperceptible

Esta posible multiplicación de uno mismo...

El texto de Marcel Proust señala así el camino en los diarios de Piglia. El posible comienzo de una vida literaria. La confirmación contigua de todo instante. El inicio y la multiplicidad como destino. Todo el camino ahora roto y dejado en palabras, abisal, doloroso.

Piglia recuerda, al tropezarse de nuevo con los diarios, ese cautivante y desolador tiempo de los jóvenes. La memoria de sus primeros años está marcada en estos diarios; en ellos está envuelto el misterio todavía sacudido de los secretos puestos en el papel. Está manifiesta esta reflexión constantemente: solo así puede sentirse lo esencial del recuerdo y la memoria para justificar la escritura.

Su relectura da paso al desolvido. Las palabras al ser pronunciadas nuevamente permiten decirse otra vez lo vivido, incluso lo borrado vuelve a tomar forma. El reconocimiento de las palabras hace que lo existido no solo esté en el papel, de allí la fugaz multiplicidad que permite que el escritor identifique en el origen de los recuerdos, el comienzo de sus demandas.

Cada cuaderno abre otras páginas, otras figuras, otras escenas: fragmentos de diálogos, restos perdidos que renacen de nuevo –nos dice.

Quien escribe repite escenas de la vida, una y otra vez. Se extravía en la memoria, se hurga en el recuerdo y, muchas veces, nada logra. Siempre termina viéndose en el límite de otra imagen borrosa de sí mismo, porque muchas veces no se encuentra en las palabras; solo en algunas puede detenerse, en otras apenas se reconoce.

Piglia emprende así un viaje en el tiempo. En la oscuridad de la memoria comienza a desentrañarse un camino de palabras, de recuerdos, de viejos sonidos de años atrapados en el papel. Adrogué es el camino de las primeras páginas que conducen al silencio de los años venideros. Luego la ciudad que el destino le depara es Mar del Plata. Sucesivamente son las mudanzas del destino. Buenos Aires le otorgará el mayor de los tiempos. Todos son registros en movimiento. El diario se va haciendo en las horas ya eclosionadas de la memoria. Las palabras van y vienen y vuelven a aparecer de nuevo en otras páginas, quizás más reveladoras: son las páginas del diario que se está reescribiendo.

Debo mencionar que Ricardo Piglia reescribe en el recuerdo, que ese ejercicio minucioso por entrever el tiempo otro lo hace avanzar en el enorme intento por decir de nuevo con la ayuda de las imágenes gastadas

del día de ayer, y aún más, con las imágenes borrosas de los años que ya no regresan de la misma manera. En la mudanza del tiempo llega la palabra desdibujada y todo se restituye, otras veces no es así, entonces el camino se vuelve tormentoso hacia el comienzo. El diario reúne todos estos mandatos que el recuerdo desea llevar al papel.

4. “Cómo filmar el diario de un escritor” La gran tarea de Andrés Di Tella²

327 cuadernos no han sido sino la gran excusa, el motivo ceremonial para decir el caos, la angustia, los años, el juego intermitente de otras señales que siguen estando ahí, moviéndose ahí: ahí como en su espacio cotidiano.

Así comienza el documental que atrapa la idea de dejar los diarios de una obra íntima a la intemperie, en las manos y en las formas de Renzi. Diarios que hilvanan la memoria de todos sus ausentes, donde él es uno más, uno no lejano que mira detenidamente el universo de una obra escrita en la memoria, ahora guardada en palabras y sonidos de esa memoria, en una muy especial: los 327 cuadernos: el camino en ellos para recorrer la vida de un escritor.

Emilio Renzi aparece en el papel. Ricardo Piglia detrás de las páginas, hilando las palabras, sorteando el desolvido, trasegando con los retazos de un pasado ahora inminente. Los días se marchan, se postulan en ellos otras imágenes: apenas lejanos movimientos que el olvido trae para sí.

Las horas, los días, el lapso intermitente que queda en ellos vuelve a regresar. El registro de la memoria que se ata a ellos por algún símbolo vuelve al papel. El papel en el documental se mueve, obtiene rasgos esenciales de la imagen, participa de esos esplendores que viajan por los negativos de la memoria.

Incesantemente la imagen se fuga permanente hacia la nada. El desasosiego de las fotografías aún escondidas en el recuerdo y la memoria alcanzan reposo. El sonido de la ciudad trae hasta el papel otra vez el movimiento que el tiempo ha permitido resguardar. Lo desenvuelve. Lo aquieta. Lo agita la voz, la palabra, la tinta aciaga... y lo sacrifica en su silencio volviéndolo recuerdo sustancial: solo así vibran en los cortes del documental infatigables las nuevas imágenes.

² Andrés Di Tella, cineasta, periodista y director de cine argentino (1958). Su obra está consagrada en los trabajos documentales: *Prohibido* (1997); *Montoneros, una historia* (1998); *La televisión y yo* (2003); *Fotografías* (2007); *El país del diablo* (2008). *327 cuadernos* (2015). Su amistad con Ricardo Piglia hizo posible la grabación de este documental que resguarda la memoria de sus diarios.



El viaje se prolonga. Volver a los diarios ha significado volver a los años de aquellas experiencias casi inaccesibles, de la escritura de listas, anotaciones, recorrido de otras ideas: las cosas que no se dicen, que se hacen casi a escondidas en la vida. El intento de volver atrás y reconocer la propia vida no es una tarea escueta. Los aparatajes con los que buscamos extender el horizonte se desvanecen. La vida no puede quedarse atrapada en la memoria. Solo en los diarios alcanza un nuevo esplendor.

En la Argentina, Enrique Amorín hizo un enorme intento. La vida hecha también de retazos encontró en la imagen de sus amigos la memoria de sus amigos. Amorín nos permitió ver un Borges jovial, uno muy poco conocido. Borges encontró en el tiempo de Amorín un lugar donde detener su tiempo. Quiroga, hizo otro tanto y Amorín dejó para nosotros ese recuerdo de los escritores que estaban filmando un diario: uno muy singular, uno en movimiento, uno que nos permitiría seguir observándolos en el recuerdo.

Las imágenes del documental de los 327 cuadernos se vuelven también un diario, uno donde también se pegan los recortes, los restos, las pequeñas imágenes que han quedado, pero solo las que se pueden juntar. Las muy pocas, las que anuncian levemente el silencio de otra memoria. Todas evocan así los años que el escritor fatigó en palabras, los años en los que silenció en palabras. Es un andar casi ilusionado por esos retazos. Los

recuerdos ajenos alcanzan movimiento en el papel. El director traza un nuevo camino por estas imágenes que ahora son retazos también de otras imágenes. En ellas recoge la vida de otros, la metáfora de otros que no están, el espejo de otros en el olvido. Fue haciendo un diario cinematográfico, uno encontrando tiempo para los otros diarios. Los 327 cuadernos abrieron nuevas páginas, otros recuerdos, otros movimientos del tiempo en la escritura. Di Tella aún sigue escribiendo. Cada vez que vemos el documental de Ricardo Piglia seguimos leyendo sus diarios, seguimos las páginas de la memoria de un escritor, de uno que sigue haciendo inventarios, descifrando pasajes, sonando en la voz de otros.

Di Tella también nos había traído años antes, junto a Piglia, un lento caminar por la memoria de un escritor ya enigmático para la literatura: Macedonio Fernández. Lo hizo a través de los pasos de Ricardo Piglia. *La ciudad ausente* está presente en ese recuerdo de Macedonio. En él estuvo buscando a otros escritores, las calles de otra época, la relación de sus palabras con las historias personales que cuentan los diarios son desde siempre el lugar del mito de origen de sus obras.

El diario es así un pequeño laboratorio, un depositario de experiencias. En él las otras palabras de los personaje susurran las otras historias que solo los diarios recogen. En los diarios Piglia es Renzi, Renzi sale de las páginas de otros libros, viene a apropiarse de su voz para hacerla voz de otro en otro lugar, uno muy distante sabemos, y a la vez, paradójicamente el mismo.

5. El presente de un diario

En el diario solo hay restos
Ricardo Piglia

Lo que sucede se detiene por la fuerza de la imagen. La imagen es movimiento, pero uno muy singular, uno que va y viene, se paraliza, retrocede, muerde la sencilla esfera de los años detenidos, pero también, de los años próximos, de aquellos donde aún nada se ha escrito, solo el anhelo.

El escritor vive permanentemente en las zonas de la experimentación. Anda acomodando sus relatos. Los movimientos pendulares de otras horas. No más distantes, ni lejanas. Son horas de otros movimientos distintos al presente. Al darle este sentido la obra obtiene un valor esencial en el largo camino del decir. Piglia se desdibujó así en los diarios, trazó mapas en él para decir su escritura, su vida, el recorrido de su pensamiento, de sus ideas, de su experiencia en la literatura.



6. El aire de la suposición

El diario de Ricardo Piglia vive en el espacio real que la memoria transgrede. La realidad se detiene en la hondura del pasado. La realidad que prosigue en la memoria del presente se hace nuevamente escritura. Esto para señalar algo poco inusual en nuestros estudios: los diarios como caminos secretos para indagar detrás de la memoria lo incomprensible, las afrentas ignotas de la vida. El escritor anda atrapado. Quiere saltar el tiempo. Lo hace transgrediendo el horizonte de lo comúnmente asumido. Aún así rompe con la vieja y nueva costumbre del que busca en el tiempo lo inmemorial del tiempo.

Aún en medio de la soledad que es la vida el escritor ordena los papeles. Arrugar el tiempo para que diga de otra forma. Se despoja del cansancio y vuelve a comenzar la afrenta con el papel en blanco. La tinta reseca. La hora infame de la agonía ante el silencio. Las líneas finales, el trayecto de la mudez a la palabra. Esa mudanza es una verdadera enfermedad, atrae la ruina del cuerpo. El escritor aún así quiere llevar a la hoguera la imagen última que ya no se detiene.

Hay un texto con el que quiero continuar. El tema de la temporalidad es infinito, ondulante, misterioso, inflamable para nuestro decir y hacer. Es un texto singular de Macedonio Fernández. Ricardo Piglia nos dejó varios testimonios de admiración y cercanía a la obra inconfundible de Macedonio Fernández: en sus páginas encontró el vivo testimonio de un creador, de un exquisito elaborador de artefactos sonoros en el lenguaje. Su pensamiento aviva las páginas de muchas páginas de Piglia.

Ese hálito de misterio que la obra de un maestro como Macedonio dejó en la memoria de Piglia hizo posible que en sus diarios la evocación, la reflexión, la creación misma de artefactos literarios fuera el vivo testimonio de ofrenda a este maestro singular. También abre espacio a la idea de que en los diarios se presenta la conjura de otras páginas no escritas, la sola ruta de un camino no explorado.

Nos queda esa sutil afrenta: caminar una ciudad con las palabras de un escritor, quizás el vano esfuerzo por hacer una crónica futura como lo pensó el autor del *Museo de novela de la eterna*. Un escritor toma como oficio escribir por necesidad y lo hace desde el tiempo conjugando su vida en él.

7. El testimonio roto de un diario

El escritor ya no puede dejar otros testimonios como registro en las páginas de los diarios. La enfermedad lo detiene. Los pasos ya no están cerca

del ruido de la ciudad. Los días se vuelven un fragmento del recuerdo. Se arrastran inesperadas otras palabras, unas que vienen arrancadas del dolor y la imposibilidad. Aún así las palabras vienen juntas desgarrándolo todo. El inmóvil compañero del camino hace estragos. No trae sino el silencio. La marcha lenta del movimiento que no queda. Los hechos mínimos que ya no son restos de tiempo sino de silencios, esos silencios que no llegan temprano al papel.

Los objetos oscuros se apropian del recuerdo, de las palabras, de los instantes amargos mientras el río pasa secretamente. A la distancia, nada se repite nuevamente. Sonora y oscura viaja la palabra. Todo en ella está marcado por la hoguera de la incertidumbre. Así van finalizando las páginas de un diario. De uno que ahora es el diario de un diario. En él se va cerrando la página de una vida. En él va quedando el silencio último: la noche regresa a la primera página para encontrar de nuevo el origen de un escritor en su extrema intemperie, en su diario más íntimo y fugaz. Los 327 cuadernos se cierran. Uno se quema como ofrenda final de despedida. La vida regresa al papel.

Referencias

- Piglia, Ricardo. *Los años de formación*. España, Editorial Anagrama, 2015.
_____. *Los años felices*. España, Editorial Anagrama, 2016.
_____. *Un día en la vida*. España, Editorial Anagrama, 2017.
Di Tella, Andrés. *327 cuadernos* (2015). Documental.